

## AÑO DE REFLEXION ECLESIAL

### Carta colectiva del Episcopado Paraguayo

Día de Pentecostés 10-VI-73 — Asunción

*A nuestros hermanos en la fe, miembros de la Iglesia de Cristo, y a todos los hombres de buena voluntad.*

#### HERMANOS :

1. El misterio de Pentecostés que nuestra liturgia celebra el día de hoy tiene para todos los cristianos una significación eclesial tan profunda como no la tiene otro misterio de nuestra fe. Pentecostés significa para la Iglesia la culminación del designio de Dios Padre que “antes de la creación del mundo nos ha elegido en Cristo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor”, (Efesios 1,4). Esa fue la voluntad generosa de Dios Padre: entrar en alianza con nosotros haciéndonos partícipes de su propia Vida. Y toda la obra de Jesucristo, especialmente su gloriosa Pascua, no tenía otro intento sino abrirnos el camino y darnos “acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Efesios 2,18). En esa efusión de amor y nueva vida que Pentecostés comunica a toda la Iglesia halla su plenitud la misión de Jesucristo, como El mismo

nos enseñó: "Yo he venido para que tengan vida y vida sobreabundante" (S. Juan 10,10).

2. De esa efusión espiritual, fecunda en verdad, amor y vigoroso aliento, bebe la Iglesia su vitalidad inagotable a través de todos los tiempos. Gracias a este Don espléndido, la Iglesia sigue fiel a su vocación, por encima de todas las contrariedades y vicisitudes del camino. Su confianza no declina, ni su esperanza desfallece, porque tiene fe en el Espíritu Santo que la anima.

3. Ella afronta y acompaña con serenidad los grandes cambios de la historia humana porque sabe muy bien que "el Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra, siempre está presente a estos cambios" (Gaudium et Spes 26,4).

4. A la luz del Espíritu Santo y al estímulo de su amor deseamos dialogar con todos ustedes, hermanos en la fe. Pensamos que no puede darse otro momento más propicio que este día de Pentecostés para sentirnos familia de Dios, "un solo Cuerpo y un solo Espíritu" (Efesios 4,4) y volver los ojos de nuestra mente sobre el misterio de la Iglesia, meditar sobre su situación presente y trazar caminos a nuestra fe peregrinante.

5. Sin duda Uds. ya habrán escuchado la noticia que los Obispos del Paraguay hemos anunciado anteriormente. Es el propósito que tenemos de convocar a todo el Pueblo de Dios que se halla a nuestro cuidado pastoral a reflexionar, a tomar mayor conciencia y a reactivar en nuestra vida el misterio de la Iglesia.

En este día de Pentecostés, que es para nosotros cristianos como el día de la primavera, deseamos hacer efectivo ese propósito e inaugurar solemnemente el Año de Reflexión Eclesial.

Por este motivo les dirigimos, hermanos, esta Carta Colectiva. Porque deseamos explicarles con mayor detenimiento las razones y circunstancias que nos han movido a esta decisión, significarles su importante contenido y

encarecerles a todos la responsabilidad del presente compromiso.

6. La Iglesia es un misterio de Dios; y nada nos extrañe si una y mil veces hemos de volver a ella con inteligente amor para desentrañar las riquezas y exigencias de su vida.

### *Proceso de Cambio en el Mundo y en la Iglesia*

7. Es un hecho bien conocido para todos que el mundo contemporáneo experimenta en todas partes transformaciones muy profundas y cambios muy acelerados. “El género humano, dice el Concilio Vaticano II, se halla hoy día en un período nuevo de su historia”... “que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural” (Gaudium et Spes 4,2). “Somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo”, dice en otra parte (Gaudium et Spes 55).

8. El rasgo más saliente de la situación en que vive hoy día la familia humana es el *profundo, vasto y vertiginoso* cambio que padecen la mentalidad de los hombres y sus estructuras.

La Iglesia de Cristo vive en el seno de esta situación y se siente sacudida por sus borrascas.

También ella experimenta desde hace varios años un penoso proceso de renovación y cambio.

9. Podríamos decir con certeza que el gran acontecimiento del Concilio Vaticano II (1962-1965) ha sido como el inicio fecundo de este hondo y promisor despertar de la Iglesia. Su pensamiento y su vida, su pastoral y sus estructuras, sus actitudes y relaciones con el mundo desde entonces han tomado nuevo rostro y han seguido nuevos caminos, en mayor acorde con el Evangelio y con las exigencias de nuestro tiempo.

10. También la América Latina, vive intensa y hasta dramáticamente esta situación del mundo. “Estamos en el

umbral de una nueva época histórica de nuestro continente"... "Percibimos aquí los prenuncios en la dolorosa gestación de una nueva civilización"... , decían los Obispos de Latinoamérica en la IIa. Conferencia General de Medellín, 1968 (Introducción 4).

Y tampoco en América Latina la Iglesia se siente extraña a este proceso de torrencial transformación.

11. Idéntica constatación podríamos hacer en lo que atañe a nuestra Iglesia, es decir, en lo que concierne a la situación y vida de este Pueblo de Dios que peregrina en Paraguay. Muchas y difíciles coyunturas han exigido a nuestra Iglesia local tomar conciencia clara de sí misma y asumir con valor la fidelidad a su propia vocación.

12. Fundados en estos hechos, que son de dimensión universal, latinoamericana y nacional, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la Iglesia de Cristo, la de ayer y la de siempre, esa que el Señor quiso que fuera peregrina, se ha abierto en este decenio un nuevo capítulo de su historia.

### *Algunos hechos más salientes del Cambio Eclesial*

13. Creemos que ha de ser de mucho provecho reflexionar y tomar conciencia de los rasgos más salientes y de los hechos más significativos que configuran este vasto proceso de renovación y cambio que hoy día experimenta nuestra Iglesia. Pues nunca hemos de olvidar que "toda renovación de la Iglesia esencialmente consiste en el aumento de la fidelidad hacia su propia vocación" (Unitatis Redintegratio 6,1).

1. Desde los años del último Concilio hay un profundo cambio de perspectiva en la vida y preocupaciones de la Iglesia. Ahora la vemos con mayor apertura y en diálogo con el mundo; "entra en la historia" (Lumen Gentium 9,3; Ad Gentes 3,1) y se siente comprometida con "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo" (Gentium et Spes, 1).

De una actitud eclesial más preocupada por los problemas de adentro y muy atendida a las tradiciones, se ha pasado ahora a una actitud eclesial abierta, preocupada y celosa por los problemas del mundo y del hombre concreto de hoy.

2. Esta nueva actitud y perspectiva de acción con que hoy día se renueva la conciencia de la Iglesia la ha conducido necesariamente a profundizar el depósito de la fe y a revisar la teología tradicional elaborada en otros tiempos y de cara a problemas muy diferentes. En presencia del profundo y vertiginoso cambio que experimenta el mundo, la Iglesia da "razón de su esperanza" (1 Pedro 3,15) con enfoques nuevos, respuestas nuevas y lenguaje nuevo.

3. Pero no solamente han variado la explicación y aplicación de nuestra fe.

También la caridad de la Iglesia y el servicio pastoral que presta a la humanidad han seguido vicisitudes y reformas no superficiales. A los nuevos métodos y a la nueva pedagogía con que la Iglesia despliega su acción de servicio han de añadirse los nuevos objetivos y las nuevas preocupaciones pastorales. Compromisos que en otro tiempo con frecuencia muchos cristianos consideraban ajenos al quehacer propio de la Iglesia, hoy día, con mayor conciencia histórica, son considerados como legítima exigencia de la caridad pastoral. En la *Populorum Progressio* el Papa Pablo VI ha hablado de un "humanismo trascendental" y ha dicho con toda claridad que "el crecimiento humano constituye como un resumen de nuestros deberes" (P P 16).

4. La espiritualidad cristiana tradicional, es decir, ese sistema de sabiduría, de prudencia y de prácticas según el cual ejercitábamos la vivencia de nuestra existencia cristiana, e incluso no pocos principios y reglas de orden moral, han sufrido críticos sacudones y en muchos aspectos han declinado en su vigencia.

5. Como consecuencia de esta renovación y cambio profundo que han acaecido en la interioridad de la Igle-

sia, se han seguido luego inquietantes repercusiones en el ámbito de su vida institucional y en las múltiples estructuras de que ella tradicionalmente hacía uso. Con más claridad se percibe hoy día, y hasta se reivindica con valentía, que las instituciones y estructuras están al servicio de la comunión eclesial y que la caridad ordenada de la comunidad creyente en su esperanza del Reino de Dios es el sentido último de todo ministerio jerárquico.

### *Diversas consecuencias del Cambio Eclesial*

14. Este rápido y amplio proceso de cambio que alteró de manera tan seria la marcha normal de la Iglesia, aquí y en todas partes, ha significado para ella, por una parte, el redescubrimiento y adquisición de valores humanos y evangélicos muy positivos; pero, por otra parte, han sido también principio de serias preocupaciones y tensiones.

Conviene tomar conciencia de esta ambigua y dialéctica situación en que hoy día camina el Pueblo de Dios. Y conviene reflexionar, a la luz de la Palabra divina, sobre la significación profunda de estas tensiones y contradicciones. Porque dice la Escritura que "en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Romanos 8,28).

Vamos a hacer memoria de algunas de estas consecuencias del cambio en nuestra Iglesia, y vamos a referirnos especialmente a la situación de las cosas así como ella se presenta en nuestra propia Iglesia local.

1. No cabe duda que esa apertura de diálogo y ese espíritu de servicio con que la Iglesia se dirige al mundo de hoy comprometiéndose en los esfuerzos de la historia es un valor muy positivo y da cumplimiento fiel al mandato de Jesús: "Id y evangelizad a todas las naciones" (S. Mateo 28,18). La Iglesia es "luz del mundo" y "sal de la tierra" y cuando no cumple esta misión "ya no sirve para otra cosa sino para ser arrojada fuera y ser pisoteada por la gente" (S. Mateo 5,14). "No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno", pedía Jesús en su oración al Padre (S. Juan 17,15).

Esa es la vocación de la Iglesia. Pero, en eso mismo encuentra ella su tentación y riesgo permanentes.

En contacto con el mundo y condescendiendo con la historia, ella corre el serio peligro de vaciarse de sabor evangélico, perder su eficacia trascendente y quedar reducido a simple humanismo, es decir, a "valores de la carne y de la sangre" (1 Corintios, 15,50).

En la actual situación de cambio de que estamos hablando no son pocos los cristianos que de tal manera ponen el acento en el compromiso histórico que hasta llegan a caer en la tentación del horizontalismo y no ven otros valores, ni tienen otro norte para los afanes del hombre sino construir la ciudad terrestre. Olvidan el destino humano más allá del tiempo y que según nos enseña la Escritura "no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro" (Hebreos 13,14).

2. Otra de las notables adquisiciones con que se ha enriquecido la vida de la Iglesia en nuestro tiempo es el retorno a su propia interioridad, es la toma de conciencia que ha hecho de su misterio íntimo. La Iglesia se ha redescubierto como una comunidad de fe, esperanza y caridad. De ahí el aprecio por la Sagrada Escritura y la búsqueda creciente de comprender el mundo y comprender la vida humana a la luz de la Palabra de Dios. De ahí el esfuerzo constante para conjugar toda la existencia cristiana en la ley de la caridad. Porque se ha vigorizado la convicción de que se es cristiano y se es Iglesia en la medida en que se vive "La fe que opera por la caridad". (gálatas 5,6). Todo esto es muy positivo y alentador. Y sería todavía más profícuo al incremento de la Iglesia si no no arrastrara con frecuencia una cierta indiferencia y hasta descrédito de todo lo que es institucional y sacramental en la vida del Pueblo de Dios. Se piensa entonces en una Iglesia exclusivamente carismática, que sólo se sostiene con llamaradas de entusiasmo, una Iglesia del Espíritu que no procedería del Verbo Encarnado, porque sería extraña a la organización visible y a la constitución jurídica con que Cristo la fundó (Lumen Gentium 8).

Y sin embargo, la misma naturaleza de las cosas nos enseña que, como toda comunidad humana, proyectada y realizada en la historia, la Iglesia peregrina no puede conservar y transmitir sus riquezas interiores sino por el cauce de cierto orden visible. Lo cual no significa que esas instituciones y estructuras, como aquellas que se han ido creando a lo largo de la historia, deban permanecer inmutables y ajenas al correr del tiempo (Sacrosanctum Concilium 21,7). La volverían estériles y esterilizantes en la Iglesia.

3. Esta interiorización de la vida eclesial y esta toma de conciencia que los cristianos van haciendo de su misterio íntimo: comunidad de fe, esperanza y caridad, han tenido como saludable fruto el redescubrimiento de la Iglesia como pueblo, es decir, como comunidad o familia de Dios.

Se ha logrado mayor conciencia de esa dignidad común con que a todo cristiano le enriquece la misma fe bautismal. Se percibe ahora con más claridad y fuerza que en el plan de Dios lo primero y lo fundamental es la comunión de los hombres en la vida divina, es la existencia en Cristo, es el Pueblo de Dios ungido por el Espíritu. Luego viene el ministerio jerárquico como un instrumento insustituible al servicio del pueblo de Dios, para sostén e incremento de la existencia cristiana: "Los ministros que poseen la sacra potestad están al servicio de sus hermanos, a fin de que todos cuantos pertenecen al Pueblo de Dios y gozan por tanto de la verdadera dignidad cristiana, tendiendo libre y ordenadamente a un mismo fin, alcancen la salvación" (Lumen Gentium 18).

Evidentemente la verdadera Cabeza que rige la Iglesia (Efesios 1, 22-23; 2,20; Colosenses 1,18) y el más sólido fundamento en que se sostiene el Pueblo de Dios (1 Corintios 3,11) es el mismo Cristo Señor que tiene en sus manos "todo poder en los cielos y en la tierra" (S. Mateo 28,18). Con su Espíritu Pascual, enviado de lo Alto (Hechos 1,8), "conduce a toda verdad" (S. Juan 16,13) y "edifica la casa de Dios" en el amor" (Efesios 2,22). Pero la presencia del Señor es una presencia invisible y la acción



del espíritu es escondida y misteriosa. La Iglesia peregrina, que aún vive en las debilidades de la carne, necesita una presencia de Cristo encarnada y visible. El ministerio jerárquico instituido por el Señor (Efesios 4, 11-16), cumple esta función de servicio pastoral; representa a Cristo Cabeza; es sacramento del Cristo Jefe (Lumen Gentium 21; Presbyterorum Ordinis 2,3).

Por consiguiente, resultan inadmisibles ciertas actitudes y criterios que parecen significar desconocimiento y hasta desdén por el ministerio jerárquico. Ignoran la riqueza del Don de Dios, y la función necesaria que cumplen los pastores para provecho del pueblo.

No cabe duda que se puede hacer uso de "la libertad y confianza que conviene a los hijos de Dios" (Lumen Gentium 37,1) manifestando deseos, observaciones y crítica al ministerio jerárquico y se puede hacer uso del "deber y el derecho de cooperar activamente en la edificación del Cuerpo Místico de Cristo" (Christus Dominus 16,5). Pero debe quedar intangible aquello que ha sido establecido por voluntad expresa del mismo Cristo.

4. Otro elemento distintivo que caracteriza de modo singular a la comunidad Eclesial de nuestros tiempos es el sentido de su condición peregrina. Ella tiene ahora mayor conciencia de que, aún siendo depositaria de "la Palabra de Dios que no pasa" (S. Mateo 24,35), debe entrar en la historia de los hombres y debe adaptarse a las sanas solicitudes de cada época.

En todas partes del mundo se despierta la sensibilidad de los cristianos ante los agudos problemas que preocupan al hombre de nuestro tiempo. Y se acrecienta la convicción de que la Palabra de Dios que hoy resuena en nuestros corazones, sólo es fecunda y logra su plenitud o cumplimiento cuando dice relación estrecha con los acontecimientos de la situación presente. He aquí una primera dimensión de la condición peregrinante de la Iglesia.

Pero hay una segunda dimensión hacia la cual tiende la Iglesia para hallar su vitalidad más genuina. Ella tien-

de hacia el misterio incommensurable de Cristo. Porque día a día debe ir madurando en las inagotables riquezas de su Señor; y "siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación" (Lumen Gentium 8,3).

En medio de muchas tribulaciones y a través de horas sombrías, ella crece en experiencia de humanidad por los caminos de la historia y se va aproximando, con amor y tiempo, a la edad de la plenitud de Cristo (Efesios 4,13).

Con frecuencia, sin embargo, se observan actitudes y criterios que en este momento de cambio y de sensibilidad histórica se aferran excesivamente a las tradiciones humanas del pasado y anulan la palabra de Dios que está llamando en el lenguaje de los tiempos (S. Marcos 7,13). Como dice la Escritura: endurecen los corazones al Hoy de la Palabra divina (Hebreos 3,4).

5. El redescubrimiento que la Iglesia va haciendo de su misterio íntimo, así como la toma de conciencia de su misión específica en el mundo, han renovado hondamente las inquietudes pastorales de la Iglesia. Ella se siente ahora más independiente y más autónoma frente a los poderes de seducción y opresión que tan de ordinario avasallan las conciencias y aprisionan la verdad de Dios en la injusticia" (Romanos 1,18).

Particularmente en América Latina y de modo privilegiado en nuestro país, la Iglesia, tanto jerarquía como laicado, han dado innumerables testimonios de su misión profética anunciando la verdad del Evangelio y denunciando con audacia las crueles injusticias que ofenden la dignidad de la persona humana y gravan penosamente la vida de los pobres.

"La Iglesia, decíamos en una ocasión los Obispos del Paraguay, no puede mostrarse indiferente o insensible a la suerte del hombre paraguayo concreto. Y cuando ese hombre se encuentra oprimido o disminuido por estructuras económico sociales injustas o por excesos de poder que lesionan los derechos humanos, la misión de la

Iglesia asume también la forma de la denuncia profética y actúa como una fuerza de presión moral a favor de la liberación y del respeto a los derechos humanos" (La Misión de nuestra Iglesia hoy, 1969).

La Pastoral de nuestra Iglesia se ha vuelto muy sensible a las penurias de la vida que soporta una inmensa porción de nuestro pueblo como es el campesinado y tanta gente marginada. Un número cada vez más creciente de sacerdotes, religiosas y militantes laicos viven en comunión estrecha con sus hermanos pobres y se esfuerzan juntos en un lento trabajo de *evangelización y promoción humana*.

También este hecho puede destacarse como un signo positivo de autenticidad eclesial en esta hora.

No obstante, cabe señalar que esta misma actitud pastoral de la Iglesia de hoy, en acción tan decidida "a favor de los pobres y de cuantos sufren", denunciando las injusticias opresoras y propugnando la liberación integral del hombre, ha sido también ocasión y motivo de dolorosas tensiones en medio del Pueblo de Dios.

15. Por una parte, queda todavía una cierta mentalidad que concibe a la Iglesia de una manera más bien desencarnada y ahistórica. No llega a comprender que el compromiso efectivo con los que tienen hambre de amor y de justicia transforma a los cristianos en signo eficaz de salvación para los hombres. Por otra parte, la urgencia con que se plantean las necesidades del pueblo y la conciencia aguda que de ellas se ha logrado, han conducido a ciertos laicos y sacerdotes generosos a posturas demasiado radicales e impacientes. Pensamos que en gran medida, han creado una saludable inquietud en la conciencia de las comunidades. Incluso comprendemos el celo apasionado de sus compromisos. Pero quisiéramos decirles, con cristiana franqueza, que en situaciones tan irritantes como las que frecuentemente tiene que afrontar nuestra pastoral, usar de las mismas armas que avasallan "las conciencias débiles" (1 Corintios 8,9-12) constituye un flaco testimonio de cristianos.

16. *Hermanos*: hemos querido reflexionar con ustedes sobre esta compleja y a veces difícil situación de nuestra Iglesia. Hemos señalado algunos de los rasgos más salientes que configuran el rostro de la Iglesia en este momento de cambio. Hemos apuntado, además, algunas de las múltiples consecuencias que se han seguido de esta situación en el seno del Pueblo de Dios.

17. Aunque hemos encontrado problemas y preocupaciones inquietantes, sentimos gozo porque también hemos comprobado la evangélica vitalidad con que la Iglesia rejuvenece y se abre paso por los nuevos caminos de su historia. Digamos entonces con el Apóstol Pablo: "desde el punto a donde hayamos llegado, sigamos adelante" (Filipenses 3,16).

Hoy más que nunca debemos esclarecer y reactivar nuestra conciencia de cristianos, abriéndonos de par en par al designio de Dios que su Espíritu Santo está realizando en los acontecimientos de la historia.

18. Movidos por estas reflexiones y más que nada urgidos por la repetida demanda que el mismo Pueblo de Dios nos ha expresado, nosotros, los pastores de esta Iglesia que peregrina en Paraguay, hemos creído conveniente y necesario convocar a todo el Pueblo de Dios a un gran compromiso que hemos querido llamar *Año de Reflexión Eclesial*.

19. Deseamos que todos los miembros del Pueblo de Dios nos dediquemos por un detenido y largo espacio de tiempo a reflexionar y a tomar conciencia de nuestro propio misterio de Iglesia. Caminando por el mundo y atraídos por sus afanes, fácilmente podemos perder de vista nuestra noble condición y podemos dejar que otros espíritus sean impulso de nuestro dinamismo. Nos proponemos por eso este *Año de Reflexión Eclesial* como una gran jornada de familia, y nos estimularemos recíprocamente a realizarla de la manera más provechosa.

20. Ha de ser un *Año* de oración en que debemos estar muy solícitos a lo que Dios Padre quiera comunicarnos de su verdad y de su vida. Ha de ser un *Año* de frecuente y

piadosa atención a "las Sagradas Escrituras que pueden darnos la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús" (2 Timoteo 3,15). Ha de ser un *Año* de reflexión madura sobre los Documentos Conciliares y la orientación de nuestros Pastores. Ha de ser un *Año* de diálogo fraterno para esclarecer y vivenciar en comunión con Cristo (S. Mateo 18,20), el ser íntimo de la Iglesia y su auténtica misión en este mundo. Ha de ser un *Año* de diligente estudio sobre la situación concreta de nuestro país con el objeto de detectar sus necesidades más apremiantes y encontrar a la luz del Espíritu Santo la respuesta más evangélica que como Iglesia debemos ofrecer. Será un *Año* de revisión para renovar nuestros compromisos pastorales y acomodar las estructuras eclesiales a las exigencias del Evangelio y a las voces de nuestro tiempo.

Sin duda, hermanos, se trata de un acontecimiento de singular trascendencia y a todos nos obliga a empeñarnos con la generosidad más responsable.

21. Muy bien comprendemos los Obispos que nosotros hemos de ser los primeros y los más diligentes en dedicar inteligencia y amor para descubrir entrañablemente este misterio de la Iglesia en cuyo servicio debemos poner toda la vida. Pedimos al Señor la unción de su Santo Espíritu para andar este camino de holocausto con entera fidelidad.

### *Sacerdotes*

22. Instamos asimismo la colaboración de los sacerdotes. Que se unan en pequeños grupos y reflexionen en equipo aportando cada uno sus luces y carismas, como dones de un mismo y único Espíritu (1 Corintios 12,11). Pidán a Dios Padre la abundancia de la sabiduría (Santiago 1,5) y el don del Espíritu Santo (S. Lucas 11,13) que es la única fuente del recto sentir eclesial. Este adentramiento reflexivo en el misterio de la Iglesia traerá consigo sin duda un reencuentro con el inestimable va-

lor de la diaconía sacerdotal y hará renacer las energías de la abnegación y del compromiso.

### *Comunidades Religiosas*

23. Alentamos encarecidamente y con grandes esperanzas a todas las Comunidades Religiosas. Y "como quiera que son la parte más excelente en la casa del Señor" (Presbyterorum Ordinis 6,3) esfuércense con la mayor diligencia para ponerse en la delantera de este gran compromiso que llamamos *Año de Reflexión Eclesial*.

24. Si la obligación de meditar y tomar conciencia urge a todo cristiano responsable, de manera más apremiante, es exigencia para todos aquellos que se han abrazado a una consagración peculiar allá en "la cima de la conciencia eclesial", como decía el Papa Pablo VI (Evangélica Testificatio VI, 1961, N° 19).

25. Una lúcida y operante inteligencia del misterio de la Iglesia hará descubrir con mayor hondura esa vocación privilegiada con que el Espíritu del Señor suscita la vida de caridad perfecta y hará comprender al mismo tiempo que "a todos los religiosos... les incumbe el deber de trabajar fervorosa y diligentemente en la edificación e incremento de todo el Cuerpo místico de Cristo y por el bien de las Iglesias particulares" (Christus Dominus 33,1).

Pensamos que el *Año de Reflexión Eclesial* debe encontrar en las Comunidades Religiosas su terreno más propicio y más fecundo.

### *Al Laicado*

26. No obstante todo esto que acabamos de decir acerca de la responsabilidad nuestra y la de los Sacerdotes y de las Comunidades Religiosas, debe quedar bien sentado que el principal beneficiario del Año de Reflexión Eclesial es la numerosa y mayoritaria porción del Pueblo de

Dios que es el Laicado. Son ellos los que por propia vocación viven gestionando los asuntos temporales, y guiados por el espíritu evangélico contribuyen a la transformación cristiana del mundo a modo de fermento (Lumen Gentium 31,2). Porque "la Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive con plenitud, ni es señal perfecta de Cristo entre los hombres, si no existe y trabaja con la Jerarquía un laicado propiamente tal" (Ad Gentes 21,4)

Interesa, por consiguiente, de manera fundamental que la conciencia del laicado acreciente más y más su participación en el espíritu de Cristo y "ejercite su actividad apostólica en fe, esperanza y caridad" (Apostolicam Actuositatem 3,2; 4,2; 16,4).

Esa es la gran riqueza que esperamos del Año de Reflexión Eclesial: un pueblo consciente de su nobleza bautismal que da testimonio de vida, "brillando como antorchas, en este mundo" (Filipenses 3,15).

27. Particularmente encarecemos estos deseos a todos aquellos laicos, hijos de la Iglesia, que cumplen importantes oficios de responsabilidad en la vida nacional, como son los políticos, los militares, los intelectuales y educadores, los artistas y hombres de empresa. Hagan conciencia y lleven a la vida cotidiana privada y pública, la convicción profunda de que no habrá una patria nueva cimentada sobre fraternidad y justicia "sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables" (Segunda Conferencia General Medellín, Justicia 3,2).

### *Al campesinado*

28. Queremos decir una palabra de confianza y una exhortación especial a nuestros hermanos campesinos. Ciertamente no es la primera vez que la Iglesia expresa su solidaridad con la vida de angustias y estrecheces que ellos sobrellevan. Sabemos de sus grandes esfuerzos en un plan de evangélica liberación y cristiano bienestar. Sabemos de los muchos sufrimientos que la penuria de la

vida les acarrea. Sabemos de las persecuciones de que son objeto muchos de ellos, porque, según las exigencias de la fe, procuran la justicia y aman la libertad.

29. Los alentamos en este camino y les exhortamos vehementemente con palabras del apóstol San Pedro: "que ninguno de Uds. tenga que sufrir ni por criminal, ni por ladrón, ni por malhechor o delator; pero si es por cristiano, que no se avergüence y que glorifique a Dios por llevar este nombre" (1 Pedro 4, 15-16).

30. Con esperanza les rogamos que nos hagan esforzada compañía en este gran compromiso del Año de Reflexión Eclesial. Cultiven con amor la nobleza espiritual que el sacramento del bautismo puso en sus corazones; aviven sus carismas; estrechen más y más cada día la fraternidad en sus comunidades de base; acrecienten la unidad con toda la Iglesia y con sus legítimos pastores: sabiendo que ellos "han sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia" (Hechos 20,28) y que "no son dueños de la fe sino servidores de la alegría" (2 Corintios 1,24).

### *A los jóvenes*

31. La muchedumbre jubilosa de los jóvenes significa en todas partes "la persistencia de la vida, o sea, una forma de superación de la muerte" (Medellín, juventud, 11). Los jóvenes inspiran la esperanza del mañana que queremos construir. Y deben cumplir una tarea especial en este esfuerzo de renovación y nueva vida, que en este Año pretendemos hacer. Invitamos, pues, a los jóvenes "a sumergirse en las claridades de la fe" (Mensaje del Concilio a los jóvenes 8.XII.1965), pues ella según dice Jesús preserva la vida de toda caducidad: "quién cree en mí tiene la vida eterna" (S. Juan 6,47).

### *A los que viven fuera de la patria*

32. Hacemos también aquí un recuerdo muy especial de tantos hermanos en la fe, hijos de esta patria paraguaya,



que procuran la libertad y el pan diario peregrinando por otras tierras. Les exhortamos, hermanos, a vivir en la fe de Cristo y a caminar en la esperanza de que algún día se cumplirán sus deseos y volverán al terruño para construir la patria terrena como un anticipo de la celestial (Gaudium et Spes, 39,2). Les invitamos también a Uds. a esta jornada de primavera cristiana que esperamos ha de ser el Año de Reflexión Eclesial.

33. Y a aquellos sacerdotes, servidores del pueblo, que por razones de su ministerio y la fidelidad al compromiso, han sufrido persecución y han sido proscriptos de nuestra tierra, también para ellos en esta hora un recuerdo fraternal de gratitud y esperanza. Y que dondequiera estén prosigan con amor la diaconía sacerdotal y se asocien de alguna manera al gran esfuerzo que nuestra Iglesia hará este Año.

#### *A los hermanos cristianos de otras confesiones*

34. Recordamos además, con fraternal caridad a los hermanos de otras confesiones cristianas y que unidos a Cristo adoran con nosotros al mismo Padre. Les invitamos cordialmente a estas reflexiones y toma de conciencia, según aquello que nos pide el Apóstol Pablo: "Si alguien cree ser de Cristo, reflexione una vez más dentro de sí mismo" (2 Corintios 10,7).

35. Nos ayudarán, sin duda, a madurar nuestra fe y nuestra caridad por muchos aspectos. Porque sabemos "que todo lo que la gracia del Espíritu Santo obra en los hermanos separados puede contribuir también a nuestra edificación" (Unitatis Redintegratio 4,10). Y lo mismo esperamos de nuestra caridad: que por la gracia de Cristo podamos también nosotros contribuir al bien de ellos.

#### *Año Santo*

36. Hermanos: hemos de anunciarle, por último, que providencialmente en este mismo año y este mismo día

de Pentecostés se da comienzo para nosotros otro acontecimiento espiritual de incalculable trascendencia.

Nos referimos a la celebración del *Año Santo* que el Santo Padre, Pablo VI acaba de proclamar solemnemente.

37. A diferencia de los otros Años Santos, que se celebraban primeramente en Roma y después se extendían a las otras comunidades y diócesis, este de ahora se celebrará primeramente en todas las Iglesias locales y culminará en Roma, en el Año 1975, al cumplirse el décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. Y pretende ser, de acuerdo a las orientaciones del Concilio, un solemne llamamiento de la Iglesia al empeño, de todos sus miembros en favor de una profunda renovación del espíritu y de las estructuras espirituales. También el Año Santo pretende ser un año de conversión, de reconciliación y de retorno a las fuentes más puras del Evangelio.

Como ven Uds., hermanos, los fines del Año Santo están muy de acuerdo con los objetivos que nos hemos propuesto al proclamar en este día el Año de Reflexión Eclesial. Ambos acontecimientos espirituales han de contribuir poderosamente a estimular nuestros esfuerzos de autenticidad cristiana.

Estas coincidencias y el ánimo gozoso con que se ha recibido en todas partes la noticia de este Año de Reflexión Eclesial, e incluso las muchas iniciativas que se han puesto en marcha, significan que el Espíritu de Pentecostés está inspirando estos deseos y acompañará todos nuestros esfuerzos con su Aliento poderoso.

38. Invocamos la protección maternal de la Santísima Virgen María, Madre del Salvador y Madre nuestra. Ella "es imagen y comienzo de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura... y precede con su luz al Pueblo de Dios peregrino (Lumen Gentium 68). Ante la bendita imagen que nuestro pueblo venera en el Santuario de Caacupé, nos acogemos con filial confianza a su benevolencia suplicante y le rogamos su inspiración y su amparo.

39. Que todo el Pueblo de Dios reflexione con inteligente amor los misterios de la fe, a imitación de Ella que tan celosamente “guardaba y meditaba el designio de Dios en su corazón” (S. Lucas 2,19; 2,51).

*Hermanos*, miembros todos de esta gran Familia de Dios que somos la Iglesia: ya no cabe pensar en otra cosa, sino llenarnos de mucho ánimo, unir en un gran amor nuestras energías y pedir a Dios Padre que a través de todo el Año de Reflexión Eclesial bendiga con abundancia a nuestra Iglesia derramando efusivamente sobre ella el Espíritu de su Hijo Jesucristo.

*Los Obispos del Paraguay*